

**EN MEMORIA DE JOHN RAWLS
(1921-2002)**

El compromiso cívico de John Rawls

EMILIO MARTÍNEZ NAVARRO*

Siendo estudiante de doctorado y profesor de Filosofía en bachillerato, visité al profesor Rawls en su despacho de la Universidad de Harvard, en mayo de 1990. Sabía que en esos momentos tenía 69 años, puesto que al menos había podido recopilar unos pocos datos biográficos en mis lecturas para la tesis. Eran datos muy escasos, porque a pesar de que el profesor Rawls ya era por entonces una celebridad mundial en Filosofía y en Ciencias Sociales, casi ninguno de sus comentaristas ofrecía pistas sobre la vida o el carácter personal del filósofo. Se encontraba con facilidad su fecha y lugar de nacimiento: el 21 de febrero de 1921 en Baltimore (Maryland), Estados Unidos de América. Más raro era encontrar que su nombre completo era John Bordley Rawls, y que sus padres se llamaban William Lee Rawls y Anna Abel Stump. Estuvo internado en un prestigioso colegio, el Kent School, donde se graduó a los dieciocho años, meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Ingresó en la Universidad de Princeton (New Jersey) y estudió Filosofía hasta licenciarse en 1943, momento en el que se alistó en infantería y participó en el frente del Pacífico. Al terminar la guerra continuó estudiando en Princeton hasta alcanzar su doctorado en 1950. Un año antes se había casado con Margaret Warfield Fox, su amiga *Mard*, a quien dedicará posteriormente su libro *A Theory of Justice*. Con ella tendrá cuatro hijos: dos chicos y dos chicas. De 1950 a 1952 fue instructor en Princeton, y durante el curso 52-53 disfrutó de una beca Fulbright en la Universidad de Oxford que le permitió conocer a fondo las propuestas iusnaturalistas de Herbert Hart. Posteriormente enseñó durante seis años en la Universidad de Cornell, primero como profesor asistente y luego como profesor asociado.

Su primer contrato en la Universidad de Harvard fue como Profesor Visitante en el curso 1959-60, pero en los dos años siguientes pasó a formar parte del Massachusetts Institute of Technology (MIT). De nuevo en Harvard en 1962, permanecerá en esta Universidad hasta jubilarse y continuará vinculado unos años más como profesor emérito. En Harvard alcanzó la cátedra «James B. Conant» en 1979. En distintos momentos de su vida profesional recibió ayudas a la investigación de diversas instituciones, como la Guggenheim Fellowship y el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences. Por otra parte, fue miembro muy activo de la Academia Americana de Artes y Ciencias, de la Asociación Filosófica Americana (de la que fue vicepresidente en 1973 y presidente en 1974), y de la Asociación Americana de Filosofía Jurídica y Política (de la que fue presidente de 1970 a 1972).

Cuando entré en su despacho universitario, me recibió de pie y me extendió la mano con una sonrisa y un saludo de bienvenida. Su enorme estatura y delgadez sugerían una posible afición a la

Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2002. Fecha de aprobación: 5 de diciembre de 2002.

* Departamento de Filosofía (Universidad de Murcia). E-mail: emimarti@um.es

práctica del baloncesto, pero no me fue posible comprobar esta sospecha. Tan sólo hay otro indicio que, al menos, delata un conocimiento de cómo funcionan los fichajes en los equipos profesionales de este deporte en los EE.UU: en uno de sus escritos menciona Rawls que tales equipos siguen la norma de que, al final de cada temporada, los primeros que tienen derecho a fichar jugadores nuevos son los que han quedado peor en el campeonato. De este modo, los equipos peores tienen posibilidades reales de mejorar sus plantillas de cara a la temporada siguiente, y así se garantiza en lo posible un reparto equitativo de buenos jugadores entre todos los equipos, con el fin de que el buen juego no decaiga y se mantenga la posibilidad de una competición interesante entre equipos de alto nivel. Esta referencia deportiva le sirve a nuestro autor como base para una sugerencia de reforma del sistema político democrático, pues seguramente las campañas electorales serían mucho más interesantes y equitativas si se aplicase en ellas la idea que subyace en esa norma de la liga de baloncesto profesional.

El despacho del profesor Rawls era un caos perfectamente ordenado. Libros y papeles amontonados por todas partes, una vieja computadora arrumbada en el suelo, el escritorio invadido por una montaña de cartas llegadas de todas partes, y las estanterías sin un solo hueco en el que colocar un libro más. Era evidente que nuestro filósofo usaba aquel lugar como almacén y poco más, y muy probablemente tuviera en casa un lugar de trabajo adecuado a sus tareas investigadoras. Pero en medio de ese caos encontraba fácilmente cualquier cosa que decidiera buscar. Por ejemplo, entre la montaña de cartas no tardó en encontrar la que yo le había remitido meses antes para anunciarle mi visita, en donde figuraban las preguntas que más me interesaban en relación con su propuesta filosófica. Leyó la carta de nuevo y comenzó a responder a mis inquietudes con verdadero entusiasmo. Su leve tartamudez apareció enseguida como un nuevo dato que nadie relataba en los apuntes biográficos de la época, pero que sin duda es relevante para comprender mejor su personalidad. Es evidente que ese pequeño problema de expresión oral no le impidió impartir clases, conferencias y seminarios académicos en diversos lugares de su país y del resto del mundo. Además de su beca en el Reino Unido, a la que ya he hecho referencia anteriormente, es sabido que tuvo actividades académicas en Francia y en Italia en la primera mitad de los noventa. Pero es menos conocido que declinó venir a España a dar una conferencia solemne en el Congreso de los Diputados, a pesar de que otros filósofos de la política, como Bobbio y como Habermas, aceptaron de buen grado un encargo semejante. ¿Acaso la tartamudez no era obstáculo para hablar ante académicos, pero sí lo era para hacerlo ante una cámara de ilustres representantes públicos? ¿Hubo alguna otra motivación para no aceptar semejante oportunidad? Una hipótesis plausible la ofrece Roberto Gargarella (*El País*, 28-11-02) cuando dice que Rawls «rechazó todo tipo de honores y distinciones que se le concedieron; modesto en extremo, prácticamente no concedió una entrevista en toda su vida».

En cualquier caso, de lo que sí puedo dar fe es de que a los estudiantes extranjeros de doctorado, como era mi caso y el de un polaco que también estaba en el Departamento por aquellas fechas, nos trataba con una amabilidad extrema. Su interés por las preguntas que yo le había planteado por escrito le llevó a contestarlas con todo detalle, disfrutando de argumentar y replicar a las críticas con la parsimonia y el buen humor de quienes gozan con el filosofar al estilo socrático. El filósofo vocacional, en mi opinión, se muestra en esos instantes en los que se olvida del reloj para dejar fluir el diálogo abierto sobre las cuestiones filosóficas clásicas, esto es, aquellas que preocuparon a los grandes filósofos y que todavía preocupan a quienes se toman en serio la actividad filosófica. Por ejemplo, lo que discutíamos aquella tarde de primavera no era si tal filósofo dijo o no dijo esto o lo otro, ni qué obras son relevantes para interpretar adecuadamente el pensamiento de tal o cual filósofo, sino las cuestiones candentes, como cuáles son los mejores argumentos para mantener tales o

cuales criterios de equidad, de democracia, o de cualquier otro asunto de interés social y político. Por ejemplo, cuáles son los requisitos que permiten considerar democrático a un régimen político, o hasta qué punto las exigencias comunitaristas son incompatibles con una sociedad liberal. Y esto no está reñido, naturalmente, con un amplio conocimiento de los clásicos, como el propio Rawls ha demostrado en sus publicaciones, especialmente las *Lectures on the History of Moral Philosophy* (Harvard University Press 2000)¹.

Los testimonios sobre la sencillez y amabilidad del profesor Rawls son habituales en las conversaciones que he tenido con otros estudiosos que, como Fernando Vallespín², tuvieron la oportunidad de conocerle personalmente. En mi caso, algunos de los detalles que me asombraron fueron: la facilidad para conseguir su teléfono particular, la cordialidad en el trato en el Departamento, su ofrecimiento de unos materiales inéditos que en su momento me resultaron muy útiles para mi tesis³, y el hecho inaudito de que dichos materiales los fotocopió personalmente en la máquina del Departamento, con cargo a su cuenta de gasto y dedicándome un tiempo precioso que seguramente le hubiera resultado más productivo si esa tarea la hubiera encargado al personal administrativo.

Algunos autores han puesto de relieve que el compromiso cívico de Rawls tiene sus raíces en la tradición del New Deal, en los movimientos de defensa de los derechos civiles, en las manifestaciones de los estudiantes de 1968, y en la resistencia a la guerra del Vietnam. No dispongo de datos que corroboren de manera inequívoca el vínculo de Rawls con estas realidades, pero es evidente que, por ejemplo, la publicación de artículos como «Constitutional Liberty and the Concept of Justice» en 1963 y «The Justification of Civil Disobedience» en 1969, con contenidos argumentativos que conectan con planteamientos afines a aquellos movimientos, son indicios suficientes para apoyar la tesis de la existencia de un firme compromiso cívico de Rawls. También es significativo, en este sentido, que su nombre figure entre los firmantes de algunos manifiestos políticamente incómodos para el gobierno estadounidense. Por ejemplo, el 19 de febrero de 1981 apareció en *The New York Review of Books* uno de estos manifiestos, al que pertenece el texto siguiente:

«En los meses y años recientes, las vidas de los pueblos latinoamericanos se han visto profundamente afectadas por un nivel de represión violenta que está entre los más altos del mundo actual. En particular, las poblaciones de Argentina, Chile, El Salvador, Guatemala, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Colombia han sido aterrorizadas por una ola de detenciones y arrestos arbitrarios, asesinatos, «desapariciones», violaciones y torturas. [...] Estamos seriamente preocupados por las condiciones que soportan estos países. Hacemos un llamamiento urgente a la nueva Administración para que se abstenga de apoyar a los regímenes responsables de violaciones sistemáticas de los derechos humanos fundamentales. Específicamente, los Estados Unidos no deben proporcionar ayuda militar (ni letal ni «no letal»), ni equipos ni entrenamiento contrainsurgencia, ni tampoco apoyo diplomático ni respetabilidad a esos regímenes. Pedimos a nuestros colegas de filosofía, a los académicos de otras disciplinas, y a los ciudadanos en general, sea individualmente o desde sus respectivas asocia-

1 Trad. española de Andrés de Francisco: *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*, Barcelona, Paidós, 2001.

2 Véase, por ejemplo, la emocionada columna necrológica que este profesor de Ciencia Política le dedicó en el diario *El País* el 27 de noviembre de 2002.

3 La versión publicada de aquellos inéditos es reciente. Se trata del libro *Justice as Fairness. A Restatement*, Harvard University Press, 2001, en cuya edición ha contado con la ayuda de Erin Kelly. La traducción española, de Andrés de Francisco es *La justicia como equidad. Una reformulación*, Barcelona, Paidós, 2002.

ciones profesionales, sindicatos, iglesias, etc. que se unan en la tarea de asegurar las condiciones básicas de humanidad y dignidad para los pueblos de América Latina».

El manifiesto aparece suscrito por 86 filósofos y filósofas, entre los cuales aparecen nombres tan conocidos como Thomas Kuhn, Noan Chomsky, Jaako Hantikka y Richard Rorty.

El 7 de marzo de 1991 apareció en la misma publicación otro manifiesto, en el que también figura Rawls como firmante, para protestar por la detención del doctor Sari Nussiebeh, profesor de filosofía palestino, arrestado sin cargos por las autoridades israelíes el 29 de enero del mismo año. En esta ocasión firman con él, entre otros, Isaiah Berlin, Donald Davidson, Ronald Dworkin, H.L.A. Hart, Leszek Kolakowski, Hilary Putnam, Peter Strawson y Michael Walzer.

El 27 de marzo de 1997 apareció también en *The New York Review of Books* un manifiesto muy particular. Se trata de una reflexión titulada «Assisted Suicide: The Philosophers' Brief», que firman sólo seis conocidos filósofos: *John Rawls, Judith Jarvis Thomson, Robert Nozick, Ronald Dworkin, T. M. Scanlon y Thomas Nagel*. El escrito va precedido de una introducción firmada sólo por Ronald Dworkin, y el manifiesto propiamente dicho se dirige a los tribunales de apelación (Courts of Appeals) de los Estados Unidos para pedirles que sea reconocido, en principio, el derecho de los ciudadanos a decidir el momento y la manera de su propia muerte, siempre que se cumplan los requisitos legales que razonablemente se establecieran.

Por otra parte, la actitud crítica hacia la política exterior norteamericana ha sido explícita en una de las obras tardías de Rawls:

«las democracias reales se caracterizan también por grandes injusticias y tendencias oligárquicas, al igual que por su intervención frecuentemente encubierta en países más pequeños cuyas democracias son más inestables e inseguras. Piénsese en los Estados Unidos al derrocar las democracias de Allende en Chile, Arbenz en Guatemala, Mossadegh en Irán e incluso los sandinistas en Nicaragua. Cualesquiera sean los méritos de estos regímenes, las operaciones encubiertas en su contra pueden ser adelantadas por una burocracia gubernamental bajo la presión de intereses oligárquicos sin el conocimiento o la crítica del público, y presentadas luego como hechos consumados. Todo esto resulta tanto más fácil cuanto que la obvia apelación a la seguridad nacional por la rivalidad entre las superpotencias durante la guerra fría permitió que esas democracias aparecieran, de manera hartamente improbable, como un peligro» (The Law of Peoples, apartado III).

Finalmente, es muy poco conocido un escrito de Rawls que lleva por título *Fifty years after Hiroshima*, originalmente publicado en 1998 en un colectivo a cargo de K. Bird y L. Lifschultz titulado *Hiroshima's shadow: Writings on the denial of history and the Smithsonian controversy*. La aportación rawlsiana ha sido recogida posteriormente en los *Collected Papers* de Rawls, editados por Samuel Freeman en 1999. La cuestión planteada allí es difícil y comprometida desde un punto de vista moral y político, sobre todo para un filósofo norteamericano: ¿fue correcto el uso de armas nucleares contra Japón? La respuesta de Rawls está ampliamente argumentada desde una reflexión más general sobre las condiciones que se pueden postular para una posible guerra justa, y también desde un análisis de las circunstancias concretas que rodearon la crisis de la Segunda Guerra Mundial. El texto no deja lugar a dudas respecto a la posición contraria de Rawls a los argumentos utilitaristas con los cuales se ha venido justificando aquel bombardeo de dos ciudades japonesas con bombas atómicas. Ninguna de las posibles excepciones que Rawls contempla como posibles justifi-

caciones para bombardear núcleos de población civil se pueden aplicar, a su juicio, en aquellos casos. El sacrificio de vidas humanas en aquellos bombardeos se ha justificado habitualmente con argumentos que se resumen en el conocido lema de que «el fin justifica los medios», pero Rawls rechaza abiertamente semejante simplificación, y se esfuerza en denunciar el intento de justificar demasiado y con excesiva facilidad, de tal manera que se acaba permitiendo al poder dominante silenciar toda preocupación moral.

En resumen, John Rawls ha sido una gran persona, un excelente filósofo, un amable profesor y un ciudadano comprometido y coherente con los valores más básicos de la mejor tradición ilustrada. Un filósofo moderno y un ciudadano completo. Ojalá que lo mejor de esta herencia se aproveche en forma de estímulo para no dejar de preocuparnos por la justicia social, en estos tiempos sombríos para su país y para el mundo.